

La Poesía de Gastón Figueira

ANALIZAR la producción de un poeta es tarea grata, aunque de mucha responsabilidad, porque para juzgarla hay que empezar siendo poeta.

Mi juicio crítico estará destinado a apreciar con honradez la abundante obra de Gastón Figueira, poeta auténtico que desde el Uruguay canta a los niños de América, con característica dulzura lírica. Su *quid divinum* nace a flor de labios. Su alma destila perfumes que producen encantamiento.

En cada poesía suya está gráficamente impregnada la magnificencia de América, con sus panoramas imponentes, con sus bellezas immaculadas. Sus versos constituyen un alarde de honestidad y sabiduría. Son perlas cargadas de esencias.

La poesía "figueirana" tiene un sello característico: unidad, ritmo y sensibilidad. En cada verso hallamos la personalidad del artista.

La producción de Gastón Figueira ensambla, a mi ver, condiciones y cualidades relevantes, que apoyan su prestigio, ya universal.

Soy tu hijo, ¡oh América mía!:
Como tú, generoso seré.
Como tú, daré siempre al hermano
la palabra que calme su sed.

Para el poeta "el mundo es hermoso y en él toda angustia se puede olvidar". Mas para ello hay que sobreponerse al dolor y a la tribulación que producen los vaivenes de la vida.

En "Invocación", Figueira expresa su estado de ánimo, diciendo:

Vamos adelante
en la noche llena

de gritos de anhelo, de angustia llameante.
 Que sea serena
 mi palabra, y lleve tan clara dulzura
 que, oyéndola, todos
 puedan olvidar su sed y amargura,
 y ya para siempre sientan en su vida
 y en su alma de fe estremecida,
 el fulgor vibrante
 del inmenso Arcano.¹

Pero después de la nostalgia se registra una notable mutación en el poeta. En "Vida" engrana su sentimiento y su lirismo:

Vida del poeta,
 vida de Jesús:
 Las dos anhelando
 ofrendar su luz
 desde la negrura
 torva de la cruz.²

Figueira nació para ser poeta. Joven aún, ofrecía a la crítica su primer libro de poemas, mereciendo el más rotundo éxito. Obtenido este triunfo, Figueira prosiguió trabajando intensa e incansablemente. Cuenta en la actualidad con más de treinta libros, muchos de los cuales han sido traducidos a varios idiomas, hecho elocuentísimo del gran valor de sus trabajos.

Para respaldar mi juicio, mencionaré muy especialmente las opiniones que sobre sus obras vertieron escritores americanos.

La poetisa uruguaya Emma Santandreu Morales, al analizar las poesías de Figueira, ha dicho que "son un código de sabiduría geográfica y armoniosa, todo dibujado de signos geológicos y humanos. Índice iluminado que nos evoca desde la edad del cobre rojo a la civilización suntuaria del inmenso mundo americano. Voz de voces que a través de los siglos resuena en el cambiante color de las mitologías indias, en la piedra y en la raza, y que supo escuchar el poeta, acolchada de silencio su sandalia de peregrino infatigable". Gabriela Mistral, al referirse al libro *Para los niños de América*, dijo: "El es, para mí, una especie de casa familiar. Pensamos lo mismo sobre el patio común de los niños latinoamericanos, que llamamos América del Sur. Los hemos hecho cantar casi a la vez."

Gastón Figueira es ante todo "el poeta del fervor americanista, el cantor de los niños de América, de las naciones de todo el Continen-

te”, según el acertado juicio de la escritora nombrada en primer término.

La poesía de Figueira llega al lector, por su fondo y por su lirismo, como un “inextinguible tesoro de bondad y de belleza” que ilumina el “altar vasto y milagroso del Arte y del Ensueño”.

Sin mengua el bardo expresa lo que siente, haciéndolo con honradez y castidad:

La lluvia es el llanto
de los niños muertos,
que sólo el dolor
en la tierra vieron.

La lluvia es el llanto
de los niños huérfanos,
que en la noche tiemblan
de frío y de miedo.

La lluvia es el llanto
de los niños ciegos. ⁸

Esta “Canción”, profundamente humana, da la pauta del entrañable amor que Figueira tiene a los niños:

Dame, Señor, cuando quieras,
hambre, angustia, fiebre, frío . . .
¡pero nunca, nunca me hagas
oír el llanto de un niño!

Este amigo armonioso de los niños de América da con bondad desbordante todo cuanto puede exhalar su noble espíritu. Cada verso está saturado de ternura infantil:

. . . No hay en el mundo nada
—para aquel que sufre sin fin—,
nada más dulce que mirar los juegos
de los niños en un jardín . . .

Figueira encuentra en los niños paz y alegría, amor y sinceridad. Jugando espiritualmente con ellos olvida por un momento su dolor, al que convierte en “verbos de fe, dulzura y amor”. Auténtico americano, el poeta uruguayo preconiza y aspira el triunfo de la democracia para bien de la Humanidad. Su fe es límpida y veraz. El poeta

propugna con su poesía candorosa el afianzamiento de las instituciones. Su palabra fervorosa y cálida los une, los hace más hermanos a todos los pueblos de América. Su canto sinfónico, profundo y sublime, trasunta las inquietudes del poeta:

Bellos países americanos:
¡sed siempre hermanos, buenos hermanos!
Hermanos todos en el amor,
en el trabajo y en el valor.

“Niño indio” es un magistral poema que nace y concluye exornado de amor purísimo, olor a bosques y a aguas de manantiales vírgenes, donde pugna el americanismo castizo de este insigne artista:

Niño indio, de los llanos:
conmigo ven a jugar.
Todos los niños de América
siempre nos hemos de amar.

Niño indio, de los bosques:
conmigo ven a cantar.
Todos los niños de América
haremos un solo hogar.

Niño indio, niño indio:
yo te enseñaré a leer.
Todos los niños de América
tenemos sed de aprender,
pues la ignorancia esclaviza
y el saber nos da el poder.

Niño indio, niño indio,
conmigo ven a jugar.
Todos los niños de América
siempre nos hemos de amar.⁴

El lirismo de Figueira emociona. Sus poesías se leen con instintiva simpatía. El poeta canta las bellezas de su tierra con graficidad y soltura lorquianas. Probablemente porque su espíritu abreva en las fértiles e inagotables fuentes de América, tan majestuosas como las del Guadalquivir.

Paso a paso Figueira recuerda a sus amigos, los niños de América. Para ello derrama a raudales su bondad espiritual, en consejos profundos y vigorosos:

Que sea vuestra alma como
 las flores del naranjal,
 leves, blancas, puras, llenas
 de claridad.

Donde más demuestra su entrañable amor, es en "El poeta y los niños":

Venid, niños, venid, niños,
 todos a mi alrededor.
 ¡Ah, no sabéis cuán inmenso
 por vosotros es mi amor!

Venid, niños, entonad
 vuestras canciones hermosas.
 Danzad alegres, cual danzan
 las abejas con las rosas.

¡Ah, venid todos, jugad
 con los libros de esta mesa,
 donde para mí pasaron
 tantas horas de tristeza!

Llenad con vuestros dibujos,
 llenad con vuestra alegría
 estos papeles que guardan
 versos de melancolía.

Venid, niños, repetidme
 del Ratón Pérez el cuento.
 Mirad cómo al escucharos
 estoy de nuevo contento.

Vosotros dais a mi alma
 una beatitud inmensa.
 Vosotros sois para mí
 la más bella recompensa.

Venid, niños, venid, niños,
 todos a mi alrededor,
 a traerme una esperanza,
 a embellecer mi dolor! ⁵

Son, en realidad, los niños quienes alegran a Figueira, nacido para poetizar sus alegrías. Para el poeta, los niños "vienen al mundo a traer la esperanza, a darnos la alegría. Son ángeles-poetas que en-

noblecen al hombre con sólo una sonrisa". Pide a Dios que guarde para ellos "toda la miel del mundo", porque los niños son los únicos que nos hacen amar la vida.

Gastón Figueira es un auténtico hijo de América, que hace honor a su lúcida estirpe. Bien dice el poeta que "América es el templo del Dios de la Alegría", por su límpida trayectoria a través de los años.

El americanismo de Figueira se extiende a todos los pueblos. Es un admirador de México, la hermosa y heroica ciudad azteca.

Una poesía magistral nos pone en contacto directo con la fisonomía de ese pueblo abnegado, que vive en un estado de constante superación. La aguda observación del poeta ha llegado a descubrir sus costumbres y a sacudir el alma de sus pobladores:

De México me mandaron
 estos sarapes tan bellos . . .
 ¡Benditas sean las manos
 aztecas que los tejieron!

Estos sarapes me evocan:
 los canales floridos de Xochimilco;
 los brazos verdes de los altos cactus
 en plegaria;
 el Citlaltépetl,
 el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl,
 con sus cumbres nevadas;
 los cantantes colores de las jícaras,
 el Templo de los Guerreros
 en la llanura de Chichén-Itzá;
 vendedores de pulque,
 inmensos campos de maguey,
 la Pirámide del Sol
 y la Pirámide de la Luna.

Cuando os veo,
 sarapes espléndidos,
 me parece que estoy
 en la maravillosa tierra de México.

¡Oh sarapes:
 benditas, benditas sean
 las manos aztecas
 que al tejeros
 tuvieron la visión
 de vuestra gran belleza! ⁶

Figueira, con esa fluidez propia, proverbial ya en él, canta a su México amado y admirado. Canta incansablemente a los países de América, porque los ama y porque por ellos siente singular deleite espiritual; en sus poesías deja su lúcido y admirable deseo de acercarlos, de unirlos, de hacer que se amen mutuamente para consolidar la América real, la América que siente palpar el anhelo de la verdadera *democracia*, donde haya justicia y libertad para todos. A eso aspira Figueira con su poesía. Sus versos encierran pensamientos puros y lípidos que merecen ser grabados en placas de oro.

Este poeta nos pone nuevamente en contacto con México. Es en una danza tradicional de los indígenas otomíes, llamados *Xitas*, que viven en San Luis de las Peras. La poesía se intitula "La virgen y las fieras" y dice así:

La niña vive en el valle
y el valle quiere a la niña.
Sus arroyuelos le cantan
historias de maravilla.
El sol le hace, con flores,
guirnaldas multicolores.
La niña vive en el valle
y el valle quiere a la niña.

Como es tan pura y alegre,
como es tan comprensiva,
también las fieras la quieren,
y a ella acuden sumisas
las fieras innumerables
de la gran selva vecina.
¡Ah, la gran selva vecina!
¡Cómo parece profunda,
misteriosa, pensativa!
¿Qué encerrará su verdor?
La selva tienta a la niña.
La selva le dice: "¡Ven!"
"¡Quédate!" — el valle replica.

"¡Quédate!" — replica el valle.
"Aquí está la dulce paz . . .
Allí, el misterio mortal."

Pero una tarde, la niña
no pudo más resistir
al hechizo de la selva,
a su verde voz febril.

Y allá fué. Muchos tzentzontles
 le dieron la bienvenida
 con sus más bellas canciones.
 "También la selva me quiere",
 decía ingenua la niña.
 Y caminó y caminó
 y se perdió entre las lianas,
 grandes pulpos vegetales
 en aquel verdor marino
 de la selva solitaria,
 milenaria.
 Y con visiones horribles
 se acercaron, la rodearon;
 visiones de pesadilla.
 Muerte, una; otra, Pecado,
 las dos a ella se arrojan.
 las dos la van a apresar.
 Un grito larga la niña,
 que se escucha doblemente
 en la gran selva infinita.

Y las fieras llegan todas,
 llegan todas las amigas
 fieras de la dulce virgen
 y luchan bravas, magníficas,
 con la Muerte y el Pecado,
 que huyen a sus guaridas.

"Vuelve a tu valle" — le dicen
 a la niña.
 "No salgas nunca del valle.
 Sólo allí hallarás la dicha."

Ahora es otra ciudad de América la que se presenta ante nosotros a través de la inspiración de Figueira: Río de Janeiro, la ciudad de hechicería, "que millares de esplendídecos encierra", porque es la tierra "donde verdean las florestas tropicales" y donde se yerguen triunfales los rascaciélos blancos:

Ciudad que a todos ofrenda
 la alegría de vivir,
 de su cielo bajo el claro
 sonreír . . .

¡Oh corazón que la vida
 ha puesto amargo y sombrío!

Si tú quieres ser feliz
anda a Río,
anda a Río, que millares
de esplendídecos encierra,
anda a Río, la ciudad
más hermosa de la tierra. ⁷

En la hermosa ciudad carioca, tradicional por sus plátanos y papagayos, se presenta nuevamente el poeta, en "Bahía de Guanabara", cantando:

Cada mañana,
cuando abro de mi cuarto la ventana
y te miro, magnífica bahía,
mi alma es pequeña para mi alegría . . .

Nada sé de mis penas,
mis luchas, mis anhelos.
¡Sólo sé que te tengo
frente a mí como el don más bello de los cielos!

Sólo sé que en mis ojos y en mi alma tú sonríes,
mientras el Sol, con labios de oro joven, te besa.
Con sólo contemplar tu inmenso rostro azul,
sé que la vida, toda la vida, es belleza . . .

La Tierra, siempre joven, es igual a una novia
que sonríe con una dulcedumbre auroral
y todas las mañanas se casa con el Sol . . .
Tú eres, ¡oh Bahía!, su sortija nupcial . . . ⁸

Su poesía es una llovizna de azahares, que perfuman las tierras de la ciudad del porvenir. Dice el poeta que cada vez que mira a Río, la encuentra más hermosa, más rica, más reluciente, más grande, más majestuosa:

Río de Janeiro, ¡qué alegres
y qué claras son tus calles!
Tu muchedumbre no es triste
como en las otras ciudades.
Tu muchedumbre sonríe
y es siempre gentil, amable.

Poesía exquisita que fluye de “uno de los más grandes poetas latinoamericanos”, como afirma Paul Rogers, o de un “artista puro”, al decir del malogrado Romain Rolland.

La belleza de Río se agiganta, haciéndose más inmensa y emotiva en el verbo de Figueira:

Serás una ciudad tan rica
como tu verano,
y tendrás la alegría de la luz
que baila en el espacio . . .
Serás una ciudad multiforme, infinita,
donde la vida,
toda la vida
será una eterna fiesta,
pues tú sabes embellecer
hasta el dolor, ciudad espléndida . . .

Figueira debe apartarse de su Brasil admirado y admirable, a quien le ofrendó la dulzura de su lira y le descubrió sus bellezas latentes; le descifró sus cuitas, le exhumó sus leyendas y le cantó a sus pájaros y a sus flores:

La ceniza de la lluvia
cae incesante. Hace frío . . .
Triste estoy lejos de ti.
¡oh Río!

Y agrega:

En vano los libros quieren
mi pesadumbre aliviar.
Con la cabeza en las manos.
sólo en ti quiero pensar . . .

Y termina su evocación, diciendo:

Agujas de lluvia cosen
evocaciones nostálgicas . . .
Triste estoy lejos de ti,
¡Río, Río, ciudad mágica! . . .

Entremos ahora a analizar las páginas de *Las baladas*, de cuyo interior exhala una dulzura poética que embarga nuestro espíritu. “Amadlo todo en la tierra, porque todo, siendo amado, tiene bondad

y belleza", dice Figueira. En este amor profundo es justamente donde radica el triunfo de este estilista americano.

Escuchemos su "Balada de la dicha":

—¿Dónde está la dicha?
dije un día al viento.
... Y sólo escuché
su largo lamento.

—¿Dónde está la dicha?
pregunté a la mar.
... Danzaban las olas
riendo sin cesar.

Dije a un ave errante:
—¿La dicha no existe?
... Ella se alejó
silenciosa y triste.

La noche se alzaba
como inmensa cruz.
Mi voz angustiada
llegó hasta Jesús.

Y en la sombra ardiente
respondió el Señor:
—La dicha, hijo mío,
está en el dolor.

En Figueira "fluyen las estrofas como hilos de miel". Dice el poeta: "No importa que te acerques, soledad del desencanto. No he de verte porque llevo el corazón en la mano, y la sonrisa en los ojos y la balada en los labios."

Lo que comprendió Figueira, es que de "este loco y ávido errar por el mundo", una sola verdad llegó a comprender: "que bajo la eterna ceniza del Tiempo, tanto da gozar como padecer."

En la "Balada de la resignación" el poeta transmite acertadamente su lúcido pensamiento:

Oculté en mi carne, con hondo fervor,
las espinas negras que me dió el dolor.

Mis sienes no sangran, mi boca no implora;
no hay llanto que enturbie mis ojos ahora.

(Y adentro . . . ¡este enorme dolor que crepita;
esta mordedura tenaz, infinita!)
No hay llanto que enturbie mis ojos ahora;
mis sienes no sangran, mi boca no implora.

El panamericanismo de Gastón Figueira está sólidamente representado en esta magistral poesía:

Creo en ti, Panamérica,
porque creo en la humana fraternidad
y en el amanecer de una Nueva Humanidad.

Te veo así, gran Arca de Noé, en borrascoso mundo,
nimbada de un fulgor profundo.

Creo en ti, Panamérica bendita,
toda llena de sol, toda llena de vida, toda llena de gracia,
llena toda de paz y libertad.

Creo en ti, Panamérica, creo en tu inmensidad,
porque creo en la Democracia.

Su americanidad es pura como el alma de la raza india.

Para Figueira, el verdadero sentido de la *americanidad* es volver en defensa del indio, reivindicándolo, porque en él, verdaderamente, está la raíz de nuestra existencia. Devolverle el lugar que le corresponde, es obra que debe realizar el panamericanismo. Cumplida esta misión, estaremos en condiciones de hablar con énfasis de *americanidad*.

En "Altiplano andino", Figueira ha dejado nuevamente la graficidad de su ferviente americanismo. Así dice:

¡Qué gloria comparable a la tuya,
indio,
cuando la tierra de toda América,
virgen y pura,
era tu tierra,
la de tu libertad,
la de tu feliz inocencia!

Indio,
se alza una nueva democracia
y en ella

hay amor, comprensión y respeto
para tí, para tus hijos, para tu compañera.

Indio,
ven con nosotros.
Entra a la ronda
de la Nueva América.

Manos amigas hacia tí se extienden.
¡Estréchalas!

Aquí se conduce Figueira del derrotero incierto y de la postergación en que se halla actualmente el indio en América, que ha sido despojado de su tierra, de su arte maravilloso, abandonándolo para que él solo sea quien se defienda de las arbitrariedades y de los abusos, de las ofensas y de las burlas. Por eso Figueira clama con voz preñada de amor americanista por que se reivindique al indio. En "Indio", el artífice traza con mano escultórica la verdadera situación del primer poblador de América:

Modelaste el cántaro con tierra tuya,
indio lejanísimo,
indio que estás quizás dando vida a algún árbol.
Hoy, en un museo de gran ciudad,
frente a mis ojos el cántaro está.
y pienso que esta obra de arte,
tan bella en su ingenuidad,
en su estética primitiva y perfecta,
me habla de tí y de tu raza.
Y me dice:
— "Nietos del que nos creó
cerca de tí están.
Harapientos,
cansados,
sin un pedazo de tierra,
sin ojos para ver la aurora,
esa mágica aurora de la América tropical.
¡Y fué su raza dueña de todo este prodigio
y sabía cantar y gustaba bailar
ebria de la alegría de los bosques sin fin,
los lagos y las cumbres, la gran luz virginal!
¿No hay en esta América
lugar
para el indio?"

Y yo respondo:
 —"Sí. Lo hay.
 Hombres de América,
 indios, blancos, mestizos,
 están luchando con lealtad,
 para que nuestro hermano primitivo
 tenga su casa limpia,
 su jardín, su corral.
 Hombres de América,
 para todo aborigen crearán
 la vida digna,
 la vida activa,
 la fecunda vida.
 Y entonces,
 sólo entonces,
 será auténtica fiesta
 nuestra americanidad."

Orgánicamente hemos llegado, no al descubrimiento, sino a un exacto conocimiento de un gran poeta americano.

Gastón Figueira es un esclarecido pintor de la naturaleza. Su poesía perdurará por su impecable concepción. Leerlo es ratificar mi aserto.

FERMÍN A. ANZALAZ,
La Rioja, Argentina.

NOTAS

- 1 *Crucifixión de luz*, 1944.
- 2 *Ibid.*
- 3 *Ibid.*
- 4 *Para los niños de América.*
- 5 *Ibid.*
- 6 *Ibid.*
- 7 *Río de Janeiro, ciudad de hechicería.*
- 8 *Ibid.*